



Momentos*

MARCELA DEL RÍO

Dedicados a Hermilo Novelo

Vida y muerte
(soneto acróstico)

*Hoy nací yo como nacen los dioses
entre cristal de humo que se enfría,
rasgando sueños, desnudando al día,
me alimenté de nubes y de soles.*

*Inmóvil de recuerdos y de voces,
la pasión dibujó mi geometría,
olvidada de lutos y sin guía,
navegué por colinas y por noches.*

*Orgía de luz y goces trashumantes,
vivieron mi pasión y mi alegría
enraizando la voz de los amantes.*

*La locura pronuncia su osadía:
Oh, muerte, ¡qué importa que me cantes,
si hoy que muero la vida ha sido mía!*

Cuernavaca, 3 - Septiembre-1960

*

Hilo roto

Hilo roto

de mi sangre que se arruga

La espera es la barranca

abierta entre mis dos puntas

*estiro el ansia crispada
para alcanzar la otra punta*

Hilo roto

de mi sangre que se agrieta

*La espera es el silencio
que abre surco en una nota
música que se fractura
se desangra con la pausa*

Hilo roto

de mi sangre mutilada

*La espera es un soñar
en despertares serenos
y no poder despertar
El dormir es una muerte
una espera es el soñar*

Hilo roto

de mi sangre que se oxida

*La espera es la distancia
que separa dos orillas
El pie se fuerza a ser ala
para cruzar la fisura*

Hilo roto

que se me muere la sangre

*La espera es la hendedura
que separa nuestros cuerpos
estiro el ansia crispada
para alcanzar la otra punta*

México, 22-Diciembre-1960

*

Ausencia III

*Apagar una lámpara es sencillo
un simple gesto, un ademán
y la función se ha roto.*

*Mi lámpara está muda
su luz encadenada.*

*Imagina el gesto de un cirujano
que cortara el cordón umbilical
antes del parto
así roba tu ausencia sus glóbulos a la sangre
y a las olas su curva.*

*Ausencia es embalsamar una flor
y calentar la escarcha
es quitarle su forma a la escultura
a la campana su tañido.*

Y yo sin ti

carencia desde el Todo a la Nada:

*oído que no escucha
ojo ciego*

lengua descarnada.

*Al irte me lanzas al Espacio
y al volver me rescatas
en un mar de cuchillos.*

México, 7-Agosto-1967

*

Esperar cotidiano

*Otra vez asentada en la espera
como el viejo del asilo
aguardando a que venga la muerte
a librarlo de su no-vida, des-espero.*

*El tiempo hecho cadena
me sangra las muñecas atadas con tu ausencia.
Sangro corolas negras en lugar de azucenas
y se acuna en mis senos el luto de la duda.*

*Vas y vienes, vienes y vas
en eslabones sin tregua a mi nostalgia:
una semana, un mes,
se sacian mis sentidos y te pierden cien años.*

*Imagino el ensayo, el descanso, el concierto, la fiesta
y asomando en el sueño
en la vigilia de licuados horrores
infiernos clavando sus espinas en mis ojos
el temor conocido del amor en peligro
me hace tragar su liquen venenoso.*

*Si pudieras mirarme me sabrías suspendida
como la nave entre la mar y el cielo
encima de la muerte y abajo de la vida
en cotidiana espera
hasta que venga tu mano a rescatarme.*

Praga 8-Agosto-1975



Marcela del Río

*

Vísperas
No siempre dura el tiempo tenebroso
JUAN RUIZ DE ALARCÓN

*Ya el plazo se va acortando
aunque lo nieguen los sinos
te imagino atravesando
por los aires los caminos*

*va tu ausencia rebotando
como pincel de pintor
hasta que forme en el lienzo
una sombra y una voz*

*ya resuena del reloj
la campana con que venzo
al enemigo traidor
que me alejó de mi dueño*

*llega del canto la hora
hora de reír soñando
hora del soñar cantando
hora de compartir sueños*

*ya te acercas con las velas
desplegadas por las olas
de mis mares por los ríos
laberintos de mis venas*

*mi sangre le habla a mi oído
mi corazón a mis senos
mi boca forma en mis labios
tu nombre en claros aceros
lleno el cuerpo de presagios
cunde la voz de la fiesta
por los nervios noticieros
y el instinto se alebresta*

*si el Tiempo en su indiferencia
siempre gana la partida*

*hoy tu mano en la ballesta
le asegura ya la herida*

*y al privarlo de su ciencia
no hay remedio que él espere
porque sabe que tu ausencia
pronto en tu presencia muere.*

Praga, 15-Abril-1976

*

Antesala

*Parpadea una sonrisa tras los ojos cerrados
fulgura una mirada en la antesala del sueño
preparo un viaje sin la esperanza de encontrarte
me escondo entre los libros
pretendo entre sus páginas olvidarme
para olvidarte
y ni te olvido ni te encuentro*

*Un año
cinco
diez
veinte años
no han bastado al cerebro para reproducirte en piel y carne*

*El amor se duplica
multiplica
engorda y se enraiza
pero siendo yo misma parte de tu cuerpo
no puedo tocarte.*

Bruselas, 10-agosto-1980

*

Huellas del tiempo
XIII

*En la sencilla tarde
mientras tocas tu violín
y escribo mis poemas*

*un soplo de ternura
ilumina las cosas que nos rodean
prestadas y tan nuestras.*

*Estar juntos
es el milagro del duende
que ha soñado ser hombre
y se despierta siéndolo.*

Bruselas, 31-Mayo-1982

*

Réquiem a Hermilo
(Primer fragmento)
*Quedó abierta la página de tu partitura
sin concluir de tocarla
Las manos que protegiste
en medio del negro cataclismo
se congelaron en el viento
y el silencio
poco a poco
fue invadiendo tu cuerpo:
callados quedaron los dedos
y las cuerdas de tu violín hurta-
do
profanado
Silencio en las pupilas
y oscuridad entre tus labios
Tu alma se rasgó en mil jirones
y no hubo fuerza humana
capaz de rescatarlos
de unirlos
de soldarlos.
Tu memoria en silencio
se hundió
poco a poco
dentro de mi memoria*

*Y hoy al enfrentar al mundo
soy tu silencio*

y tú eres mi palabra

*(Último fragmento)
Me acuesto con tu nombre en los labios
todas las noches
Despierto con tu nombre en los labios
todas las mañanas
Me quito de encima no una sábana
una lápida
antes de mover el pie
para dar el primer paso de otro día
que tú no vivirás*

*¡Si así pudieras tú quitarte la sábana
que pesa sobre tu cuerpo! ❏*

* Del libro Tiempo en palabras



Francisco Tejada

Un día en la playa o, una mariposa

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

“ A las once treinta habrá un concurso de esculturas de arena”, decía, a través del altavoz, la coordinadora de eventos infantiles ¡Qué padre! exclamaron los niños que estaban dispuestos a participar. La única condición era, que los padres no intervinieramos en forma alguna, recomendación que al menos a mi me pareció justa; nos miramos



con aprobación, pero todos, por supuesto, imaginando formas y diseños para “sugerirlos” a nuestros pequeños hijos.

El tiempo límite era de una hora. Daniela, con su entusiasmo de siempre, dijo: -¡vamos a hacer a una mariposa! Les explique lo difícil que eso era. Mientras que, en cambio y para ello saqué papel y lápiz y les dije gráficamente, como sería sobreponer dos cubos: -hacen un surco como base; después forman con la arena húmeda el primer cubo; lo aplanan bien, y encima del primero ponen el otro, un poco más chico, cargado sobre un lado. Esto, es para el balance estético.

Las dos me miraron con sorpresa y, creo que con admiración. Daniela dijo: !Yo también se hacer los cubos dibujados en el papel! Sofia reflejaba en sus grandes ojos negros, que poco o nada entendía de lo que se hablaba. Las mandé absoluta y totalmente convencidas de que la idea de los cubos era de ellas.

Aparecí en la playa después de diez minutos de empezado el concurso, para que no se notara la influencia. !Por supuesto no habían entendido nada; ¡No tenían idea de lo que es un cubo, la estética o, el equilibrio! Ambas al verme se levantaron y, decididas a no continuar, vinieron hacia mí.

-“Mami dijo con firmeza Daniela, no vamos a hacer los cubos, están muy difíciles”.

-“Vamos a hacer una mariposa”.

Con la cabeza baja contrita y llena de frustración me senté bajo una palapa pensando: “si no pueden hacer dos cubos, cómo van a poder hacer una mariposa”.

De pronto escuché: -“El primer lugar lo ganaron dos hermosas niñas con una espléndida y radiante mariposa”.

¡Qué orgullosas la mostraban!, era una verdadera escultura, con sus alas moteadas, decoradas con conchas, flores y caracolas, adornadas con piedras de colores, negras, blancas y rojizas; corales, jades y ágatas con manchas rojas, amarillas, azules; piedras rodadas por el mar, piedras caídas del cielo, piedras del sol y de la luna, un universo natural de formas y colores en perfecta armonía.

¿Dime Daniela en dónde conseguiste las perlas negras para los ojos? ■

Ulises en la ciudad

BENJAMÍN GARCÍA

El viejo Centro Histórico, pestilente, duro y erosionado como un viejo chocolate de tableta. A veces semeja una ciudad abandonada, y en gran medida lo es, porque sus habitantes no existen, tan sólo caminantes que van a pasearse por ahí y luego se fugan dejándolo cada vez más herido. Vieja ciudad de hierro, decía Rockdrigo, con tus calles y tus gentes coloniales.

Una ciudad cosmopolita que no fue hecha para autos pero que cada día se llena más de ellos. El ciber mestizo entra al Mc Donalds, paga con tarjeta mientras recibe una llamada, iba a escribir llamada, pero la errata tiene sentido, una “clamada”, el clamor de la masa que adora al individuo, al que vive en su celular y en su mp3.

Vieja ciudad. Masa, adoquín chapopote y la lucha de los huesos del Templo Mayor por romper el pie de la Catedral que lo sobaja a lo largo de siglos.

Ciudad deforme y multiforme, con sus ansias de europeo petulante en las zonas de La Condesa, con su delirante modernidad hacia Reforma, con su tufo bohemio y esnob hacia La Roma; el aire antiguo y arrabalero por Santa María La Ribera, y su copia del bronx neoyorquino hacia la Colonia Guerrero.

Es en sí el mapa de lo que somos y representamos como Ciudad, como personas, como sociedad.

Acomplejados. Toda esa búsqueda de la identidad en *El Laberinto de la Soledad* no es sino un complejo. La necesidad de no ser menos, de no ser el criollo sino el peninsular, de no ser el peninsular sino el criollo. Acomplejados ante la modernidad, deseosos de mantener su aspecto colonial y deseosos de ser tan modernos como los japoneses.

Ciudad del riesgo. Donde todos jugamos a no morir. Apostamos en el cruce de Eje Central. Entre el Trolebús, el camión de la RTP y los demás automóviles, a cruzar y salir vivos, a subirse a tocar para el pasaje o a chingar-se al otro. Como en cierta ocasión, que esperaba al Trole, un señor llevaba su carrito de nieves. Entro a un local, en ese momento se paró una camioneta del GDF, dos individuos se bajaron y en menos de un minuto ya habían subido el carrito y se habían ido. Ciudad cuyos delincuentes perseguidos son los vendedores de nieves y los músicos. Ciudad de policía cobarde, que se escuda bajo la placa, bajo el cargo.

Ciudad pudorosa, donde las chicas no usan minifalda ni se sientan de tal forma que se les puedan ver los calzones, no como en Europa, donde transitan por las calles casi desnudas sin temor de una agresión. En el pecado llevamos la penitencia, no podemos gozar de ese delicioso espectáculo. Nos hace falta discreción, tacto.

Ciudad que pretende ser cosmopolita y no termina de sacudirse el provincianismo. Ciudad laberinto. Donde las vidas se pierden en un ir y venir incesante, tris, tras, tris, tras. Ciudad voluble, donde el sol quema por las tardes para luego llover a cántaros.

Ciudad. Único testigo que recuerda en sus entrañas, todo esto que a fuerza de ser y pasar, se va convirtiendo en cadáver. Ulises regresa a su departamento en Santa María la Ribera, sólo para darse cuenta de que Penélope se ha ido, y él mismo es ya una sombra que se muere a las seis de la tarde. ■

¿Quién escribe a mis espaldas el libreto de mis sueños?

MARCOS WINOCUR

Para Josefina King

Llaman a la puerta, si estoy despierto es el cartero, si estoy dormido ¿quién será?
¡Abuelita! ¿Que no estás muerta? ¡Antes tú vas a chupar faros, pinche escuincle cabrón! Y en una larga carcajada sin
dientes... ¡Abue, abuelita...! no acaba de llegar cuando ya se va... ella me llamaba así, *pinche-escuincle-cabrón*.
Aaabuuueeeliitaaa, nunca quieres quedarte un ratito conmigo...

Y otra vez llaman a la puerta, debe ser el cartero. ¿O será mi abuelita que dejó olvidados los lentes? ¡Ya voooy! ¿Dónde esta-
rá mi otro calcetín? ¡Ya voy! Y la puerta abierta, los ojos entrecerrados, un pie más frío que el otro, una carta distraídamente en
la mano, regresa la pregunta, siempre la misma.

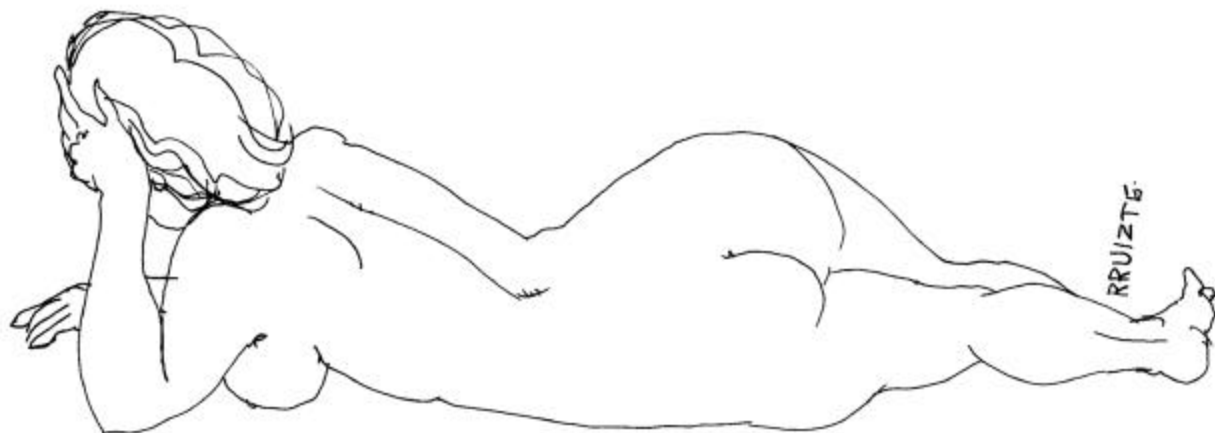
¿Quién escribe a mis espaldas el libreto de mis sueños?

Vocabulario mexicano

Chupar faros: morirse

Escuincle: mocososo, niño de corta edad

Pinche: mal hecho 🐣



A la conquista del territorio vendido

TEÓFILO HUERTA

A decir por sus hábitos, sus ropas y sus gustos, hay hombres en esta tierra (al menos en este territorio para unos con figura de cuerno retorcido) que viven en la abundancia, sin embargo otros padecen inseguridad, dolor, miseria.

Estos últimos se ven impresionados por el avance tecnológico del país vecino, por su libertinaje y lujo y, sobre todo, por el imán del papel verde que sin modificar su tamaño crece continuamente con respecto al insignificante peso del peso.

Esta es la historia de un hombre de cuarenta años, uno más que se atrevió a cruzar la frontera norte. Y el atrevimiento no fue tanto porque padeciera las inclemencias del desierto, la amenaza del río, el peligro de ser cazado como un pato por los *minuteman*, o apresado por los policías, no qué va, si él pasó tranquilito por las aduanas aeroportuarias como todo un ejecutivo, el atrevimiento radicó en la locura de su objetivo.

Su viaje pues, lo tomó como una aventura, pero no para ir por las promesas de Las Vegas y retornar con los bolsillos cargados de valiosas monedas. Antonio, nuestro hombre, buen mozo, robusto, ingeniero, se fue a una aventura realmente conmovedora igual que alucinante: reconquistar el territorio que un día Santa Ana vendiera por lo que risiblemente hoy serían simples centavos.

Para esto Antonio nada dijo a nadie. Bueno, inventó un par de historias acerca de una oferta de trabajo o de tener los suficientes ahorros como para darse un *tour* por las diferentes

citys del norte. Pero a nadie, ni de broma, le dijo que su verdadera intención era aumentar el tamaño del territorio nacional.

La idea le surgió en una de esas veladas entre profesionistas de su área, cuando un grupito con copa en mano se puso a opinar con ambiciones políticas de la situación económica del país, que el desempleo, que la inflación, que la sucesión presidencial, en fin, hasta que alguien le echó la culpa de todos los males al poderoso vecino del norte y entonces no faltó quien recordara las continuas intervenciones que dicho vecino ha tenido en nuestro territorio, a tal grado de habernos quitado parte de él. La discusión, como todas las precedidas por el alcohol, se dividió, y algunos recriminaron la posición del vecino poderoso, otros criticaron la flaqueza del gobierno que vendió parte del suelo patrio y algunos que, incluso, opinaron que ésa había sido una medida ejemplar que ante la actual deuda debía ser nuevamente tomada y que mejor sería ir aprendiendo el inglés para no sufrir como los latinoamericanos que viven en el sur de los *Unaited Estéis*.

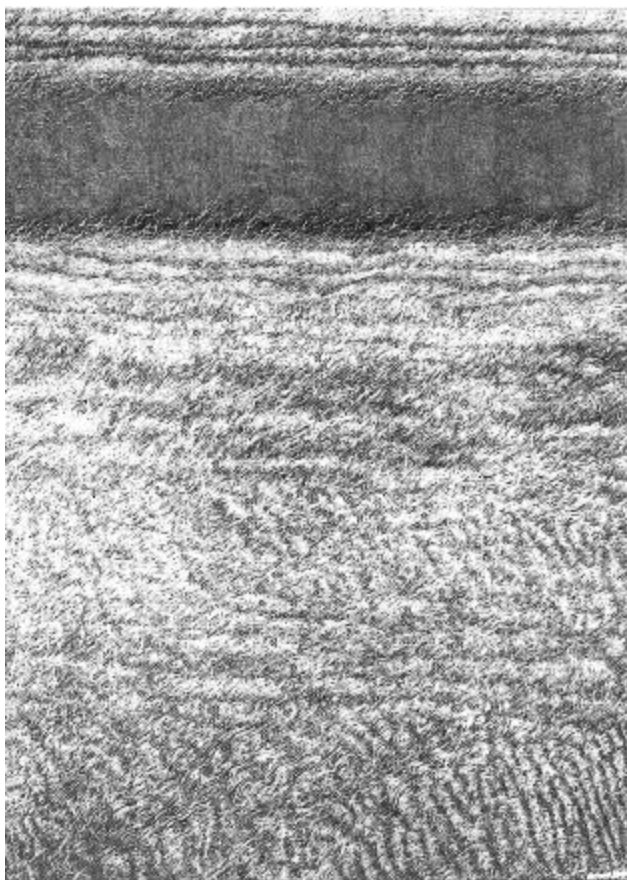
Fue este último comentario el que retumbó en la cabeza de Antonio, con su copa también pero sólo para confundir a los colegas, más cola que brandy para mantenerse fuera de los posteriores pesares de la cruda. En esos instantes pensó en la defensa del territorio propio, en los símbolos patrios, en los héroes masacrados, en los hombres frágiles, cobardes y corruptos y pensó también en los miles de mexicanos desterrados, los más por falta de expectativas y dineros, y también en los demás latinoamericanos que han hecho de la nación más poderosa del mundo, una de las más interraciales, don-

de blancos, negros, orientales y ahora latinos se disputan la supremacía.

¿Minoría la latinoamericana?, se preguntó, ¡vamos a ver!, amenazó y desde ese momento, lleno de rabia y seguridad en sí mismo, se dispuso a concretar su plan, sin sentirse héroe “porque la época ya no está para eso”. Así tomó Antonio la firme decisión de reconquistar el territorio vendido.

La misma noche de la fiesta, ya en su casa, se desveló fraguando una y mil veces esa idea nacida de pronto pero llena de justicia. Tan pronto como amaneció, y tras de delegar funciones en su bufete, se contactó con estudiosos de la política, se metió horas y horas en la hemeroteca para consultar declaraciones de líderes chicanos, leyó libros históricos, se involucró en las estrategias militares desde Santa Ana hasta Villa, adquirió mapas y guías para compenetrarse en la geografía del lugar y tras de varias semanas, compró su boleto, hizo una pequeña maleta y voló.

Su destino elegido fue Los Ángeles. El aspecto de Toño era realmente sintomático de algo, aunque nadie adivinara de qué,



Gustavo Buendía

no podía pasar inadvertido ante los ojos de los demás, llevaba una vestimenta totalmente folclórica, pretendidamente mexicana pero sinceramente ridícula. Su atuendo era una mezcla de jarocho, tapatío y quién sabe qué más. Paliacate al cuello, guayabera, chamarra de gamuza y sombrero de charro que terminó por cambiar por uno de norteño.

El tipo era realmente agradable, su fisonomía no despertó la más mínima sospecha entre los aduaneros de ambos países, los sobrecargos de la línea aérea se divirtieron atendiéndolo y a no ser por su enorme conciencia política (nacida de la noche a la mañana pero al fin y al cabo conciencia) podría haberse dejado mimar y dar un giro a sus inolvidables vacaciones.

Por supuesto que Antonio era tranquilo, en su cabeza no tenía la mínima intención de preparar una guerrilla, acaso una pacifilla. Tampoco tenía ambiciones políticas, ni quería ser un nuevo líder, todo pretendía hacerlo como en un hábil juego de ajedrez.

Cerró los ojos durante el vuelo y durmió. Y el viaje se convirtió en una estancia permanente. Primero se acomodó plácidamente en un hotel y como ermitaño comenzó a tejer su estrategia. Sacó su as bajo la manga, es decir sus recursos bien resguardados y sus proyectos de inversión, además por supuesto sus conocimientos informáticos.

Pudo haberse convertido hasta en un competidor de Bill Gates, pero si bien desarrolló interesantes y novedosos programas, su objetivo no era acaparar un sólo campo, más bien su mayor creatividad aplicarla a sus estratégicos movimientos.

Se ganó la confianza de medianos empresarios, se asoció con ellos e inyectó grandes capitales. Para despistar al enemigo y sin renunciar a su nacionalidad, tomó la ciudadanía norteamericana y así dejó de ser un simple socio e invirtió en la bolsa de valores y muy subterráneamente poco a poco se fue adueñando de negocios y grandes firmas, naturalmente de informática, pero lo mismo de pan de caja que de tequila, de bancos que de restaurantes y agencias de viaje. Comercial y financieramente se apoderó de California y después de Nuevo México, Arizona y Texas. Su nueva residencia, modesta de todos modos, la trasladó a Phoenix.

A la par de su estrategia comercial avanzó con la social, sorprendentemente para los capitalistas no descuidó los dere-

chos de los trabajadores y se ganó también la simpatía de sus connacionales.

Como en un juego de turista se jugaba la suerte, manejaba el dinero y compraba a diestra y siniestra hoteles, bancos, bares y cuanto su chequera pudiera cubrir.

Con este escenario ideal, Antonio comenzó la segunda parte de su plan, el más difícil y contradictorio desde su posición social: concientizar. A través de los sindicatos, de las comunidades de mexicanos y otros grupos organizó eventos sociales y culturales en los que hábilmente dejó escurrir sus ideas de repatriación con todo y territorios, que qué bueno sería, que era un ideal pero que sonaba bien, que tarde o temprano eso sucedería. Pero sus atentos escuchas solamente avallaban la parte idealista y cofraternizaban con él, no más, ninguna idea adicional, ningún por qué no lo hacemos, por qué no lo llevamos a la práctica.

De un golpe todo su paulatino plan, aquél que surgió una noche bohemia, ese fraguado lento pero seguro, jornada tras jornada bajo el disfraz del próspero empresario, se le venía abajo. Él mismo se desmoronaba, tanta inversión monetaria y en tiempo y de pronto su argumentación parecía (era) ridícula, ineficaz, sin resonancia. No adivinaba que los mexicanos trasterados obedecían a otras leyes ya no digamos de la economía o de la política, sino de la simple razón.

Contuvo el enojo y esquivó la frustración, finalmente era tesoero. No presionó y continuó con sus reuniones y cursos sin insistir en el tema. Mejor sondeó personalidades, tenía que encontrar almas gemelas que le sirvieran de intermediarios.

Para esto pasaron años, pero él firme, sin compromisos sentimentales ni adaptación real a la vida norteamericana. Su idea era un credo. Más allá de los satisfactores que le rodeaban él no podría traicionarse a sí mismo y renunciar a su locuaz proyecto. En lo material ese plan le había salido prácticamente perfecto, pero se percataba que la voluntad humana era la más difícil de manejar.

Por increíble que parezca sí encontró esas almas gemelas, sobre todo en aquellos cuya permanencia en el país vecino era incierta y desoladora, con expectativas truncadas y con un futuro incierto. Esos peculiares inmigrantes ilegales se convirtieron en su ejército.

Bastaba con tener empatía con el resto de mexicanos arraigados o indiferentes, ya no era fundamental aleccionarlos, contaba con algunos buenos (e ilusos) estrategias y así retomó convencido su discurso y lo proclamó primero en nutridas juntas, después ya en algunos espacios abiertos por barrios hasta convocar a un primer mitin bastante concurrido.

Naturalmente su discurso se tiñó de proclamas por la defensa de los valores y los derechos de los migrantes. En ello nada de nuevo había sino la singular condición empresarial del proclamante. Eso para algunos despertó sospechas, para muchos otros desconfianza. No obstante, el buen Antonio repitió su discurso en varios puntos de California, Arizona, Texas. Llenó plazas y comenzó a despertar inquietudes en los gobernantes no tanto por el fondo de su discurso sino por el movimiento social que generaba.

Los grupos de migrantes aprovecharon las numerosas asambleas para reivindicar sus derechos y exigir igualdad, los indocumentados para pedir consideración y respeto.

Ya en pleno dominio de sí le salió la casta de auténtico orador y enumeró desde los héroes de la Independencia, pasando por Juárez y Vasconcelos hasta mencionar a contemporáneas figuras del movimiento chicano. Arrancó gritos de las multitudes y hondeó el lábaro patrio, subrayó la esencia de nombres castizos que una gran cantidad de ciudades conservaban. Fue así como abiertamente expresó el reencuentro de esos territorios con la nación azteca. Pero entonces los coros no fueron iguales. Sí, sentimos una pertenencia al lado de allá que dejamos, pero si salimos fue por mucha inoperancia gubernamental, decían algunos. Somos mexicanos pero de acá, decían otros. Por eso somos orgullosamente chicanos, pronunciaban los demás. Mejor gringuitos morenos que mexicanos hambrientos se atrevían a señalar algunas voces.

Ya ante las masas, líderes, gobernantes y periodistas, Antonio no tuvo el menor rubor en declarar sus intenciones. Preocupó por su retórica más que por su eficacia y comenzó a resentir presiones en sus empresas pero no se arrendó.

Argumentaba convencido que la economía de esos estados ya les pertenecía y ni qué decir de la cultura. Pero entonces comenzó la desertión. Cómo sería posible ser administrados por el gobierno de su nativo país, sí pero que no garantizaba

absolutamente un futuro certero. Y Toño insistía en que la solidez económica de los estados les permitiría una solidez política y una auténtica soberanía.

El descaro fue querer venderle la idea al presidente de México, le ofreció incluso de su bolsillo recursos para que ofertara por la compra. Igualito que el territorio dejó de ser nuestro por una vaguedad de antiquísimos pesos, hoy se podrían ofrecer millones de dólares para recuperarlo. Por supuesto la presidencia hizo caso omiso del asunto.

Total que nuestro hombre cimbró el sur de la nación más poderosa. Con la polarización de criterios pero algunos grupos le eran fieles, otros reticentes pero con la bandera de los migrantes, algunos más pensaron que la idea podía tener cierta lógica si en lugar de retornar los territorios pudiese gestarse un movimiento independentista de toda esa región y crear un nuevo país: Hispania o Hispamérica, como el título de una revista. Esta idea entusiasmó incluso a los demás inmigrantes del caribe, Centroamérica y cono sur. Otros líderes con esa corriente comenzaron a surgir y esos sí a poner nerviosos a los gobernadores y al propio presidente norteamericano.

Muchísimos más se oponían y juraban fidelidad a la nación de las barras y las estrellas, ni qué decir de los anglo-

sajones que casi sintiéndose minoría comenzaron a organizar grupos defensores y a hacer también alusión a su historia y la lucha que representó la unión que ahora un trastornado pretendía fracturar.

Plazas y calles de pueblos y ciudades se inundaron de exacerbaciones nacionales, unos enarbolaban la bandera mexicana, otros la americana y los partidarios de Hispamérica inventaron una nueva.

La embajada y consulados mexicanos ni tardos ni perezosos se deslindaron del nativo mexicano y fijaron su posición de respeto a los Estados Unidos.

Bajo ese panorama y no sólo por su papel de agitador, inteligente y mañosamente a Toño se le fincaron graves conexiones con rebeldes y terroristas y le sembraron armas en su domicilio. Con esos cargos fue a dar tras los barrotes y él pensó que eso le daría fortaleza y podría desde prisión continuar con sus planes, la parte heroica lo comenzaba a perder.

Recibió consejos de sus familiares (lejanos, pero tenía), colegas y amigos que no daban crédito en lo que había ido a parar. Lo reclamaban en su país, le pedían suavizara su posición y cediera para en breve obtener su libertad. Con oídos sordos en plena reclusión comenzó a aleccionar a los presos. Había cultivado sorprendentemente la motivación y la oratoria y convenció a la mayoría de sublevarse; las penosas condiciones intramuros permitían que los cerebros de sus pobladores fueran campo fértil para semejantes ocurrencias.

A pesar de los esfuerzos de sus allegados y abogados y cuando en ellos animaba la posibilidad de al menos una expulsión a su país de origen, todo fue en vano por la movilización que ya había generado e incluso con conexiones a otras prisiones en las que había indicios de rebelión y apoyo del narcotráfico. Antonio fue inclementemente juzgado por agitador social y condenado a la inyección letal.

Lo paradójico del asunto es que siendo amante del país del cuerno retorcido y a expensas de la ciudadanía norteamericana que un día tomó según por estrategia, el veredicto histórico fue el de "traición a la patria"... sí, a la que no sentía suya, de la que renegaba, a ésa que le había robado kilómetros a su auténtica patria del sur y de la que un día cualquiera soñó desprenderle las tierras que pensaba justificadamente rescatables. 🐱



Mauricio Vega

Juan, el más joven de los jóvenes

ROBERTO LÓPEZ MORENO

Juan de la Cabada era el juego hecho talento, inteligencia, creatividad; era la inteligencia, el talento y la creatividad convertidos en el eterno lúdico. Ser amigo de Juan de la Cabada era jugar con el cielo, la tierra y con todo lugar; era la carcajada sonora y la preocupación por el hambre, la desolación y la tragedia que desde siempre han azotado al pueblo de México.

Por virtudes de su literatura Juan Padre, Juan hijo, Juan espíritu non sancto, este personaje se multiplicó hacia los cuatro puntos cardinales de nuestro sentir y nuestro pensar, de nuestro ver y nuestro oír. Haber conocido a Juan de la Cabada, haber sabido de él en nuestro tiempo, nos convirtió en seres privilegiados que podremos contarle a nuestros descendientes de qué manera caminó alguna vez por las calles de México la alegría.

¿Este es el juego de Juan Pirulero? Nada, nada. Este es el juego de De la Cabada, juego fuego, juego y luego México con entraña abierta en las páginas de cada libro en donde leíamos desde *La llovizna* hasta *Maitía*, de día y de noche, de noche y de día.

Como al campechano de mi evocación, a cada uno de nosotros, y con él, nos vinieron a vender un santo con marco de nogal y con vidriera, y después que él, también preguntamos qué santo era y era el santo más cabrón de la pradera. Fue mi amigo, mi gran amigo, con él jugué siempre a recom-

poner el tiempo, pero el tiempo era él y terminó siempre, recomponiendo mis ideas de la literatura y de las luchas de la sociedad en plena vía pública, como si fuéramos hombres de la calle, y él lo era, ¡claro que lo era! Juan del calabozo, Juan de La Internacional cantada desde el centro mismo de la mazmorra, Juan del saquito y del pantaloncito a rayas, aquel mismo Juan que cuando un general entorchado valiéndose de su situación de ventaja sacó el sable con ánimo de pocos amigos y amenazó a un grupo de comunistas encarcelados preguntándoles “¿A ver quién es muy macho aquí?”, respondió sin dudar ni un segundo: “Usted mi general”.

Ese amigo mío fue el primero que me acercó a los secretos técnicos del guión cinematográfico y quizá en una aguda actitud crítica, quién lo pudiera saber a estas alturas, dejó abandonado sobre una mesa de café, el primer guión cinematográfico que yo había escrito en mi vida (y el último) y del cual no había tenido la preocupación de sacar copia alguna, quizá para beneficio de la humanidad.

Aquel jovencito de ochenta y tantos años de edad me visitó varias veces en una casa que tuve en Ciudad Satélite; en dos ocasiones, con motivo de una charla larga, interminable, llena de fantasías y de realidades fantásticas, el tiempo nos jugó una mala pasada, pero Juan que era el tiempo mismo, arregló su tiempo con el tiempo –sabía virtud de la que Renato Leduc hacía gala repitiéndonos soneteramente el tiempo, pero sin la cuenta de Miguel de Guevara– decidió quedarse a dormir en las entonces heladeces del Estado de México, y entonces

el tiempo se convirtió en un largo témpano pero con una brasa en el centro.

Traca Traca Tracatraca, jijos de la matraca, había gritado Juan en las calles de las gestas cívicas; de ahí venía como otros veníamos de hechos más recientes en los que también habíamos tenido que enfrentar la furia del granadero y del arte-ro agente que nos enviaba el poder para decimos que éramos ciudadanos incómodos, indeseables, mal portados. Y como gente que veníamos de un tronco común nos fascinaban los relatos que él nos hacía de aquellos episodios en los que los actores habían sido José Revueltas, Fermín, Aurora Reyes, Siqueiros y líderes obreros, y líderes magisteriales y líderes agrarios, y Valentín Campa y Hernán Laborde.

¿Cómo conocí a este joven incansable? Fue el compositor Juan Helguera quien me lo presentó hace ya algunos siglos. De pronto, frente al café en donde nos encontrábamos, en el Paseo de la Reforma, se detuvo un taxi y de él bajó un hombre de larga cabellera blanca, de un rostro risueño que mucho tenía que ver con los estereotipos de los abuelos convencionales que habitan cuentos y leyendas. Su cuerpo, ligeramente inclinado hacia delante, denotaba el paso de muchos años pero había

una energía superior que se manifestaba en los movimientos ágiles y en aquella sonrisa luminosa que nos dedicó. Helguera se levantó a recibirlo y dirigiéndose a mí, me dijo: “te voy a presentar a mi hermano...”

El mismo Helguera más tarde me sugirió en alguna otra página de aquel café, que realizara un largo ensayo con el nombre de “Los Juanes de México”. En su idea giraba la intención de capturar en sólo un haz toda la fuerza de nuestra mexicanidad desde la literatura misma concentrándome en los que para él eran los Juanes de México: Juan Rulfo, Juan José Arreola y Juan de la Cabada. Aquel ensayo nunca lo hice pero pienso que si alguna vez hubiera sido realidad tal trabajo literario hubiera llevado forzosamente, como música de fondo, el tintineo guitarrístico de Juan Helguera y así, tal ensayo hubiera seguido siendo, verídicamente, el de los Juanes de México.

Chin chin, la noche de Amín. Malos recuerdos que también se guardan. Resulta que posteriormente adoptamos la costumbre, de la Cabada y yo, de vernos cada 15 días o cada tres semanas. Más o menos a la hora en la que yo terminaba mis labores reporteriles, Juan de la Cabada llegaba hasta la redacción del diario *La Prensa*, me esperaba los últimos minutos que restaban para mi libertad de esa noche y nos íbamos muy contentos a tomar café en el Kiko que se encontraba muy cerca del diario, sobre la calle de Puente de Alvarado.

Pero en la noche del mal recuerdo, en el momento en el que nos disponíamos a salir, llegó a buscarme un ser monstruoso que algún puesto tenía dentro del poder judicial. Él había ido a visitarme en alguna ocasión, no sé por qué motivo pseudoamistoso, pero esta vez no me percaté del estado de ebriedad en el que se encontraba; le dije que me disponía a salir con el escritor y él entonces me respondió que nos invitaba a tomar una copa en El Hórreo, restaurante-bar que se encuentra en el lado poniente de la Alameda Central.

Me disculpé, pero entonces Juan, siempre tan caballero, me dijo “acompañemos a tu amigo”. Así pues, llegamos a El Hórreo. El megaterio del que hablo tenía asignado el nombre de Amín. Al llegar a las puertas del lugar ni siquiera acomodó el lujoso coche en el que viajamos dos cuadras y media; lo dejó a media calle (Dr. Mora) con su placa de poder judicial y ya. Entramos al expendio de espiritualizadores y el sujeto de inme-



Ma. Emilia Benavides

diato ordenó “tres vodkas para tres”. Juan de la Cabada no bebía y sin embargo, dio dos pequeños, brevísimos, minúsculos sorbitos a su vaso. El monstruoso sujeto empezó a dirigirse a nosotros con absoluta falta de respeto (“órale viejito, tómesela”) que terminó irritándome; me levanté de la mesa junto con Juan. El sujeto no quiso pagar la cuenta, ni Juan ni yo teníamos dinero; rasqué en mi bolsillo las pocas monedas que traía, alcancé a librar la cuenta y salimos a la calle con el Amín ese a nuestras espaldas. Gritaba, vociferomanoteaba y hasta llegó a estrellar su vaso sobre la acera. Nosotros, por nuestra parte, aligeramos el paso bajo los gritos del borracho. Al pasar frente a la Pinacoteca Nacional salía de ella la gente que había asistido a uno de los conciertos que allí se daban. Juan me dijo en voz baja: “sólo falta que salga de aquí algún conocido mío”. Terminando de decir esto, casi al unísono, como cinco o seis voces dijeron con entusiasmo “¡Mi querido Juan de la Cabada!”. Con todo y eso las mentadas de madre del abominable Amín eran más poderosas en el centro de aquella desafortunada noche.

Desde entonces, cada vez que Juan y yo nos encontrábamos, él, sonriente como siempre, externaba con voz profunda y cavernosa un: “¡Ay hermano!, ¿te acuerdas de la terrible noche de Amín?” Por entonces estaba de moda un, no por ridículo menos sanguinario dictador africano de nombre Amín Dadá. En efecto, la nuestra había sido “la terrible noche de Amín”.

Tacán-tacán-ché. Ti it man schuqué. Tan-kan-cab. Tireró, jen-jen. Y había más, mucho más, en palabras mayas que Juan de la Cabada recordó para mí y que formaban parte de sus *Incidentes Melódicos del mundo irracional*, publicado por primera vez en 1944, más tarde, ya en nuestro tiempo, si mal no recuerdo, por la Editorial Extemporáneos, y recogido finalmente en las obras completas que le publicó la Universidad de Sinaloa.

Resulta que me encontraba en la elaboración de un cuaderno que recordaría, por medio de diversos testimonios, a Silvestre Revueltas, por entonces tan olvidado, tan excluido de toda consideración en nuestro medio musical y en el mundillo de nuestra cultura en general. Sumaba testimonios de personajes que habían convivido con nuestro más excelso compo-

tor. Así fue como le pedí a Juan un texto con esas características y él, siempre generoso, me entregó dos cuartillas y media en donde recordaba aquel pasaje en el que se veía una vez más atravesando el Atlántico, compartiendo camarote con Revueltas para ir a ofrecer su solidaridad a los combatientes de la República Española, en nombre de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, de la que el músico era dignísimo presidente. En las dos cuartillas y media Juan recordaba: “En esa ocasión yo acababa de escribir *Incidentes melódicos del mundo irracional* y una noche, durante la travesía, en el camarote que ocupábamos ambos empecé a relatarle la obra con sus líneas musicales. Silvestre permanecía en su litera, recostado sobre sus grandes espaldas, sin ponerme atención aparentemente y sólo emitía un despreocupado ah, ah, ah.

“Pasó el tiempo, y ya en la ciudad de México, tres años después. Silvestre me llamó a su casa para pedirme la historia y los motivos musicales, pues tenía el encargo de una obra para el Ballet de Monte Carlo. Yo había extraviado el manuscrito cuando aquella estancia en Europa, durante un viaje de España a Francia. En un cambio de trenes había perdido hasta el equipaje.

“Asistí a la cita con Silvestre y de un tirón volví a reconstruir la obra que más tarde, en 1944, fue editada con 40 grabados de Leopoldo Méndez. En ese empeño estábamos cuando nos habló Pablo Neruda porque quería que fuéramos a su casa. En la casa de Pablo bebimos largo rato hasta que decidí retirarme; Silvestre se quedó. Al otro día Pablo me invitó a comer a su casa pero Silvestre ya no estaba. Pregunté por él y Pablo me respondió que de pronto había huido del lugar y que no se sabía en dónde se encontraba.

“El día en el que volví a escribir los *Incidentes melódicos del mundo irracional*, fue la última vez que estuve con mi amigo; pocos días después volvió a hablar el mismo Pablo para decirme que Silvestre había muerto”.

Lero, lero y lo dije primero, este no es el juego de Juan Pirulero, este es el gran juego con la vida y la muerte de Juan de la Cabada, el que nos sobrevivirá. Y jugando jugando yo le vi jugar con Mario Orozco Rivera convertidos ambos en

dos niños traviesos. Cuando el pintor, de quien puedo asegurar fue uno de los que más han querido a Juan, veía llegar a éste, se convertía automáticamente en un niño para jugar con su amigo. Yo vi jugar a los dos niños como dos hombres adultos; vi jugar a los dos hombres como dos niños traviesos por cuyas vidas había transitado muy buena parte de la vida política contemporánea de nuestro país. Vi a Juan una vez descender del auto en el que viajábamos y como un relámpago de apenas ochenta años de edad dirigirse a la siguiente portezuela para ayudar a salir al treintón Manuel Blanco. El auxiliado ni las gracias dijo; dijo: “me ganó, me ganó, si yo era el que le iba a ayudar, qué lento me vi”.

Es que por Juan no pasaba el tiempo porque él era el tiempo, porque él es el tiempo. Rescato de mis néblicas visualizaciones la siguiente anécdota:

Resulta que una vez un grupo de artistas y algunos investigadores en asuntos humanísticos realizaban un viaje por Campeche y llevaban a Juan como su acompañante principal por ser éste oriundo de aquella ciudad. En un momento del viaje uno de los integrantes del equipo se puso mal, aullaba y se retorció y no se sabía si era espuma o el dentífrico de la mañana lo que echaba por la boca.

Asustados sus acompañantes fueron por un médico y el diagnóstico de éste fue que aquel pobre hombre llevaba ya varios meses sin auxilio de mujer. Sabiendo ya cual era el mal Juan de la Cabada se ofreció a dirigir el grupo al sitio en donde podrían encontrar la cura para el agitado enfermo.

Entusiasta nuestro escritor asumió la capitania y de inmediato se lanzó a la exploración en busca del auxilio ansiado. Al

enfermo lo llevaban a cuestas, retorciéndose; adelante iba Juan, conduciéndolos por callejuelas apartadas, cada vez más sospechosas. Hasta que por fin llegaron al supuesto lugar del remedio. Juan se adelantó, con cara de conocedor tocó la puerta y al poco tiempo apareció el rostro de una anciana que con tono de conmiseración le dijo: “ay Juanito, te volviste a equivocar, no era aquí, era la casa de enfrente... y hace como treinta años que la cerraron...”

Tacán-tacán-ché./ ti it man shcuqué./ Tan-kan-cab./ tireró./ jen-jen./ Ayer, 27 de septiembre./ enterramos a Juan de la Cabada/ en el Panteón de La Piedad./ con los puños en alto y cantando./ Cuánto amor cantó ayer/ con la vida de pie, en el cementerio, así relataba su entierro, en un poema que escribí dentro de la ficción de su primera muerte. Aquel niño de 83 años, aquella vez quiso jugar a que se moría y ahora quiere jugar a que no morirá nunca; jugó a las cárceles y jugó a las libertades de las calles manifestantes; jugó a guionista de cine y jugó al gran escritor que fue, que sigue siendo; jugó a campechano y al mismo tiempo a que su patria era el planeta, a que su hermano era Juan Helguera y a que sus hermanos eran todos los pobres del mundo. Así, jugando jugando, nos llevó desde Gogol hasta al santo más cabrón de la pradera. Ahora yo juego, Juan, tú que juegas al talento, a la inteligencia, a la creatividad, ahora yo juego, Tacán-tacán-ché. Tireró je-jen, juego a que en este tiempo y en este espacio, mi tinta, aunque precaria, y más, y más todavía, y más aún, vuelve a dibujar la salud de tu sonrisa. ■



Tía Licha en Hong Kong

HERNÁN BECERRA PINO

Para Mónica Lavín

Quién iba a decir lo que me sucedería en Hong Kong ese mismo día por la tarde. Yo sé que usted no me lo va a creer, pero se lo voy a contar de todas maneras.

Miraba con detenimiento la bahía de la Repulsión desde una colina. Grandes montañas detrás de mí y a mis pies un mar embravecido y frío del que sobresalían unas rocas grandes y caprichosas, rodeadas de espuma. Un aire frío me golpeó el rostro y me revitalizó desde las plantas de los pies hasta la nuca. Decidí bajar las escaleras con lentitud para contemplar de cerca ese paisaje majestuoso. Recordé las palabras antiguas de mi padre: “Llena tu ojo, hijo”, cuando me llevaba a pasear por el sureste mexicano, desde playas de Catazajá hasta Tulum y un poquito más allá. A cada escalón que bajaba seguía un minuto o dos de silencio e inmovilidad total, que me permitía ver y hacer mía esa bahía legendaria: un mar de un azul Hong Kong, porque este color de las aguas sólo lo he visto allí.

Seguí bajando los escalones y continué haciendo mío lo que me rodeaba: un gran verdor alrededor de la bahía vestida de un azul ojo de niño sueco. De pronto detuve mi descenso y me senté a la sombra de un sicomoro a tomar aire y observar las húmedas hojas de los árboles de troncos caprichosos. Recordé mi estancia en Hong Kong Island, cómo había salido de Cantón rumbo a la península de Macao: la cocina criolla y macaense, gallina portuguesa y *africaine*, carne de lechón en salsa de tamarindo, arroz con mariscos; cómo había ido al parque donde se encuentra la gruta de Luis de Camões, donde él vivió como un ermitaño y se inspiró para escribir los capítulos más célebres de *Os Lusíadas* con un sólo ojo, ya que en Goa había quedado choco. Recordé mi visita al curioso cementerio protestante que está cerca de ese lugar. Rememoré las calles estrechas y la iglesia de San Francisco, que es la pura fachada porque el cuerpo del santuario se cayó en un terremoto hace muchos años, y la visita que hice a su

museo. Seguí mascullando mis recuerdos, que se entrelazaban con lecciones de geografía aprendidas en la adolescencia. En algunos mapas pequeños de la enorme China, Hong Kong aparece como si fuera una parte de este país. Esto no es verdad. En realidad limita con el sureste del territorio chino, muy cerca de la ciudad sureña de Cantón. Pero Hong Kong es, hasta la fecha, una colonia del imperio británico. Las ciudades de Victoria y Kowloon bordean una enorme bahía que, además de espaciosa y segura, tiene una profundidad suficiente para la navegación de barcos de cualquier tonelaje. Navíos grandes y pequeños mantienen el tráfico local, así como con los puertos del exterior. Hong Kong es un puerto famoso en todo el mundo.

Me levanté de mi asiento y llegué a las arenas húmedas cercanas al agua salada. Me quité las sandalias que había comprado años atrás en una tienda de Honolulu y las llevé en la mano. Metí los pies en las aguas frescas del mar y miré cómo la espuma se enrollaba en ellos. Al caer la tarde llegué al puerto y vi algo que me llamó la atención: una anciana china estaba tirada porque le había dado un infarto. Y me extrañó, porque pensaba que los chinos no sufrían infartos, ya que comen mucha verdura y toman mucho té. Evoqué ciertas palabras de una persona que me decía: “Y tú, ¿cuándo has visto morir un chino?”. Después de ver este panorama me dirigí al puerto de Aberdeen para abordar un barquito que hacía la travesía de Hong Kong Island a la península de Kaolong. Cómo me iba a imaginar que esa noche estaría con más de 39 grados de temperatura, dolor de cabeza y de huesos, rezándole a todos los santos.

Lo primero que vi al desembarcar en el Kaolong fue una mujer parecida a mi tía Licha, que había muerto tiempo atrás. Me fui acercando a esa mujer y me di cuenta de que mientras más me acercaba más se parecía a mi tía. ¡Cómo era posible! Ahí estaba ella paradita, delgada como siempre fue, dando pasos cada vez más pesados hasta arrastrar una pierna seguida de la otra. Y juro por Dios que mientras más me acercaba más veía yo que se parecía a la tía Licha. Le fui viendo mejor la cara y me di cuenta de que su color de piel era el mismo de la tía; una piel rosada como las rosas de allá de mi tierra, tersa como nalguita de niño recién nacido o como hojita de cupapé. Ella, siempre orgullosa de su piel francesa. Ella, muy propia, nunca perdió la compostura, por eso me sorprendió el día que me regaló sus recuerdos. Sus pechos subían y bajaban con su respiración. Su mirada sincera

me cautivaba. Recuerdo que un día de mi cumpleaños me regaló una loción y me dijo: “Ten, aunque sea para que se la echas a tu cama”. Siempre quedaba yo perplejo ante sus ocurrencias. Parece como si hubiera sido ayer el día que me platicó, allá en Tapachula, algo que traía clavado muy dentro de su corazón:

–Mira, hijo, todavía guardo el pasaporte de mi abuelo en un baúl, de cuando se embarcó en el puerto de Marsella para venir a América. El barco lo llevó a las Antillas Menores. Él hablaba de la Guadalupe, no me creas mucho. Después se fue a la Martinica, donde se enamoró de una negra, se puso a vivir con ella y tuvo un hijo. Era un mulato con ojos verdes que se lo llevó el mar. Mi abuelo, de la decepción, se puso una borrachera con ron de las islas y subió a un barco que lo llevó a Cayena. Todo esto me lo sé de memoria porque él me lo contaba una y otra vez. Cómo llegó a Veracruz, eso sí no te lo puedo decir. Como que guardaba un secreto, algo relacionado con una enfermedad venérea que pescó por allá. Del puerto se vino a Tapachula y de aquí se fue a las fincas cafetaleras a trabajar, luego compró una de ellas allá entre Unión Juárez y Tuxtla Chico, donde tenían los Capri sus ranchos. ¿Te acuerdas? ¿Cómo no te vas acordar?

Le vi la cara a la mujer, no de frente, de lado, y me impresionaron los dos lunares abultados del color de su carne que tenía en las mejillas, iguales a los de mi tía. El lunar de arriba más grande que el de abajo. Qué coincidencia –dije–, hasta los lunares se parecen. Sus brazos eran los mismos: delgados y de la misma



Del Prado

compleción, y hasta el viejo reloj –de aquellos de cuadradito, que siempre usó mi tía– traía esta mujer. Los ojos color canela eran los mismos. ¡No era posible! La nariz afilada, pues, ni más ni menos; la boca delgada y apretada. Bueno, hasta su pelo color rata era el de ella, sólo que esta señora tenía un peinado de salón de belleza de Rodeo Street, esa calle elegante de Los Ángeles, California, y dije: “Esto sí no es de ella”. Luego de contemplarla un poco pensé: “Hay algo que tampoco usó la tía y era un vestido a dos tonos que a lo mejor esta señora se había comprado en una fina tienda de la Quinta Avenida de Nueva York”. Esto tampoco era de la tía, se los juro por estos ojos que se los han de comer los gusanos, ya que ella siempre fue muy pobre y nunca en la vida le vi una prenda elegante; su ropa fue la que usa en Tapachula cualquier señora de medio pelo. Ella siempre usó vestidos hechos con cortes que traían de Guatemala las fayuqueras que pasaban a nado el río Suchiate.

En ese momento recordé que un día mi madre me habló a las cinco de la tarde de la ciudad de Tapachula a la ciudad de México para decirme:

–Hijo, acaba de morir tu tía Lichita.

–¡Cómo! –le dije.

–Nada, que ella vino a desayunar hoy a la casa y después del desayuno, al estarle sirviendo su café con pan, me dijo: “Yoyita, me siento muy mal, tengo mucho calor”. En ese momento la cargué, la metí en un taxi y la llevé a la Cruz Roja. Al bajarla del taxi ya estaba muerta.

Después de esta evocación seguí observando a la señora elegante y exclamé: “¡Ay, no, Señor! Sí, es la tía”. Esto dije cuando la tuve a casi un metro de distancia. No lo puedo creer. En eso le iba a decir: “Tía, qué está haciendo aquí” o “*Excuse me, where are you from?*”, o a lo mejor de plano le decía en español: “¿De dónde es usted?”. Pero tuve miedo que me preguntara: “¿Y cómo está la Yoya?”. Y la Yoya es mi mamá.

En esos momentos empecé a sentir miedo de que se me parara el corazón y diera con la boca abierta y todos mis huesos en el suelo, para después rodar y caer en las frías y procelosas aguas de la bahía de Hong Kong. Y que las corrientes marinas me llevaran, como lo explican algunas cartas redondas de navegación, al otro lado del océano y fuera mi cadáver a salir a las playas chiapanecas de Puerto Madero, en donde –¡qué ironía!– en su juventud se bañaba desnuda la tía Licha. 🐼